

Curiosas son, sin embargo, algunas definiciones de términos filosóficos que el maestro brinda a sus discípulos, aunque no falte tampoco en ellas la referencia Savérien.

La cuarta lección (jueves) versa sobre el derecho natural y de gentes. La quinta, sobre teología. En esta última lección, correspondiente al viernes, abundan los chistes felices y es importante señalar la libertad escéptica con que Cadalso trata los asuntos de religión. Singular es que haya situado, al lado de la teología, rudimentos de mitología e incluso de historia de las religiones. Se diría que el profesor violeto tiende a considerar el fenómeno teológico en su dimensión mitológica y no en la de una religión totalizadora e indiscutible. Hay que tener en cuenta que los *Eruditos* se publican el mismo año en que se completa el *corpus* de la *Enciclopedia* francesa al cuidado de Diderot y D'Alembert. Por más que, y en contraste con los 28 volúmenes que componen el diccionario más famoso del mundo, los *Eruditos* no pretendan ser sino una pseudoenciclopedia para ignorantes presuntuosos y pedantes afectados, las coincidencias temporales son siempre significativas. También en España se iba abriendo paso el nuevo espíritu ilustrado, del que José Cadalso es miembro y representante de excepción.

El sábado es el día de la ciencia matemática y de la astronomía. Como militar que era, Cadalso habría de conocer con cierta profundidad las matemáticas que su profesión requería. El estilo sigue siendo, empero, superficial y chistoso, sin notables hallazgos expresivos, pero con la frescura y espontaneidad que proceden de la utilización de un lenguaje cotidiano y conversacional y que hacen que la lectura no pierda interés, aun en estas lecciones más farragosas, tanto para el futuro violeto como para el lector de hoy.

La séptima lección recoge, en abigarrada miscelánea, aquellas disciplinas no abordadas por el maestro en los anteriores días de la semana. El propio pedagogo nos lo dice con irónicas palabras: «Hoi Domingo, despues de encargáros que repaséis las lecciones de los anteriores días, algunas veces, mientras os cepillan el vestido, ò mientras arrima el coche, os digo que no basta el profundo conocimiento que os he inoculado (qué alusion à las víruelas!) con sumo método, y primor; se ha hecho indispensable una tintura menos sólida de otras facultades, y noticias, como son las siguientes. Historia. Lenguas vivas. Blasón. Música. Viajes. Crítica» (11).

En punto a viajes, el profesor finge haber recibido un papel que envolvía unos bizcochos de la confitería acerca de las «Instrucciones

---

(11) P. 58.

dadas por un padre anciano à su hijo que va à emprender sus viages». En ese papel, un viejo tradicionalista y conservador aconseja a su hijo la conducta que debe observar en un viaje por Europa. Curiosamente, el hijo ha de viajar por idénticos lugares a los que recorrió Cadalso años atrás. Los consejos del anciano parecen ser del gusto de Joseph Vázquez, pero al profesor violeto no le resultan precisamente aleccionadores. Así, interrumpida la arenga del sesudo padre, continúa el alocado maestro: «Aquí estaba roto el manuscrito, gracias à Dios, porque yo me iba durmiendo con la lectura, como habrá sucedido à todos vosotros, y à qualquiera hombre de buen gusto, bello espíritu, y brillante conversación» (12). Y acto seguido copia para sus discípulos cinco reglas necesarias para llegar a ser un perfecto viajero a la violeta. Con esas cinco reglas, que insisten en lo mismo que el resto de las suministradas en el libro, y con otras seis relativas al comportamiento violeto en punto a crítica literaria, se clausura el folleto.

Comienza el *Suplemento* con una especie de prólogo en el que Cadalso sale al paso de una noticia que anunciaba la inmediata publicación de un papel —no otro que la *Junta* de Rubín de Celis— contra sus *Eruditos a la violeta*. Destino extraño el del mencionado papel, pues desde 1781 iba a formar parte del *corpus* habitual de la sátira que combatía. No sabemos si Cadalso había leído la *Junta* antes de redactar el *Suplemento*. Lo cierto es que, como él mismo dice, la polémica no podía sino beneficiar la popularidad de un libro como los *Eruditos*, sobre el que la animadversión de los detractores y el interés del público estaban formando un amplio *dossier*. Una de las piezas clave de ese *dossier* es, desde luego, el *Suplemento*.

Una carta —anónima y supuesta— de una mujer permite a Cadalso justificar la inclusión de las traducciones poéticas que forman la mayor parte del *Suplemento*. Quéjase la dama desconocida en la epístola de que en *Los eruditos a la violeta* no acompañaba el maestro traducciones de los textos latinos que citaba. Quéjase igualmente de la carencia de ilustraciones poéticas en lo que a las literaturas francesa e inglesa se refiere, siempre dentro de aquel martel que dedicaba el profesor a la enseñanza de poética y retórica. Cadalso aprovecha la misiva de la mujer para dejar constancia de su feminismo: «Soy muger, y por tanto, en el systema de las gentes, no me han educado con el conocimiento de las Matemáticas, Theología, Philosophía, Derecho público, y otras Facultades serias, porque los hombres no nos han juzgado aptas para estos estudios. El por qué,

---

(12) P. 65.

yo no lo sé, ni creo lo sepan ellos» (13). El profesor violeto, por su parte, accede gustoso a la petición de la dama y aprovecha para decirnos —a nosotros, no a sus discípulos— que ninguna traducción es capaz de dar una idea cabal de la excelencia de su original: una afirmación vigente allí y entonces como aquí y ahora.

Le llega el turno a las traducciones cadalsianas. Todas ellas constituyen un ejercicio literario digno de elogio. Las hay, dentro del ámbito latino, de Virgilio, Ovidio, Horacio, Marcial; una simpática versión en heptasílabos del *Funus passeris* de Catulo, cuatro dísticos elegíacos de Tibulo y seis del Propercio. Del famoso pasaje virgiliano de la aparición de Héctor a Eneas (*Eneida*, libro II, versos 268-297) no da Cadalso traducción, remitiendo al lector a la ya clásica de Gregorio Hernández de Velasco (Toledo, 1555, y sucesivas reimpressiones), pero ofrece en compensación la imitación que del citado pasaje lleva a cabo Nicolás Fernández de Moratín en su tragedia *Hormesinda* (acto I, escena V), diciendo: «Lo que copiaré yo mismo es la imitación que hace de este trozo en su tragedia la Hormesinda, D. Nicolás de Moratín, à quien estimo tanto, como à Poëta, (y no à la Violeta) como quanto à amigo (tampoco à la Violeta)» (14). En esta ocasión no es precisamente el profesor violeto quien habla.

Las traducciones latinas de Cadalso son, en general, correctas y elegantes, pero quizá algo frías en su estricto mármol neoclásico. Para las identificaciones exactas de los fragmentos traducidos de cada poeta romano —tarea, por lo demás, ausente de toda complicación, dada la fama de los pasajes elegidos—, se haría necesaria una edición crítica completa del *Suplemento* (la de Glendinning, publicada en Salamanca en 1967, no incluye las traducciones). Si no me fallan la información o la memoria, los tres opúsculos cadalsianos que conocemos por *Los eruditos a la violeta* precisan todavía hoy de una edición crítica conjunta.

Entre los franceses, Cadalso vierte retazos de Boileau, se refiere a Corneille y traduce un fragmento de la *Fedra* de Racine, haciéndolo primero en prosa y luego en octosílabos castellanos. Después, y en un llamado «Artículo de otra cosa», anuncia sus próximas versiones del *Lost Paradise* miltoniano y aprovecha para bromear con el bueno de Shakespear [*sic*] y Lope de la Vega [*sic*], alegando que «no hubo entre los dos más diferencia, sino en que el señor Lope de la Vega sería un hombre de olla podrida, estofado, migas, vino de Valdepeñas y Rosario, y que el señor Shakespear sería un hombre que gastaría

---

(13) Pp. 5 y 6.

(14) P. 13.

su *Roastbeef, plumbpuding, good ale, & punch*» (15). Del *Paraíso perdido*, de John Milton, vierte a continuación algunos trozos, entre ellos el comienzo del poema.

Tras las versiones, siguen en el *Suplemento* una serie de cartas muy divertidas de los discípulos violetos a su catedrático. La primera procede de un matemático a la violeta; la segunda, de un filósofo; la tercera la envía un supuesto publici-juris-perito a la violeta; la cuarta, un teólogo; todos ellos hacen referencia en sus epístolas a la lección correspondiente a sus profesiones, deshaciéndose en alabanzas por las enseñanzas recibidas. La quinta, última y más larga, es la remitida por un viajante a la violeta; en ella la crítica cadalsiana se hace más generalizada y trascendente, adoptando un estilo similar al que preside las *Cartas marruecas*, obra acaso más enjundiosa que la que nos ocupa. De cualquier forma, el tono chistoso nunca se abandona del todo: véase, como botón de muestra, al final de la carta el «Post-scriptum», en el que afirma el violeto viajero: «Era mi ánimo salirme unos quince días de España y volver preguntando, no como se llama el vino, y pan en castellano, según v.md. lo aconseja en su muy sólida, madura y benemérita instrucción, sino preguntando, viendo à mi padre con otros amigos suyos: ¿Quién de estos caballeros es mi padre?» (16). Como podemos ver, los discípulos han aprendido bien las lecciones recibidas, llegando incluso a superar en violetismo a su mismísimo maestro.

Clausura el *Suplemento* un apartado jocosamente intitulado «Noticias pertenecientes à esta obra, ò bien anécdotas, ò anecdotas, ò lo que sea, que el demonio de la palabrilla me gustó la primera vez que la oí, la repito siempre que hay ocasión, y jamás la olvidaré, aunque ni entonces la entendí, ni ahora la entiendo, ni la entenderé jamás; pero qué importa no entender una palabra, para pronunciarla con frecuencia, y desembarazo?» Esta última sección se corresponde de algún modo con aquella «Advertencia» que iniciaba aquel «quadernillo de papel» de sesenta y ocho páginas que se llamaba *Los eruditos a la violeta*. Este epílogo, como el prólogo aquel, es redundante. En él nos vuelve Cadalso a explicar quiénes son esos pseudoeruditos y por qué se le ocurrió ridiculizarlos (en el fondo, eso a nosotros no nos importa, porque de alguna forma es extratextual esa manera de buscar motivos y justificaciones). Lo que sí interesa es el asombro con que el autor confiesa asistir al éxito de su «papel irónico» (no consigue explicarse cómo pudo venderse la primera impresión —ex-

---

(15) P. 48.

(16) P. 79.